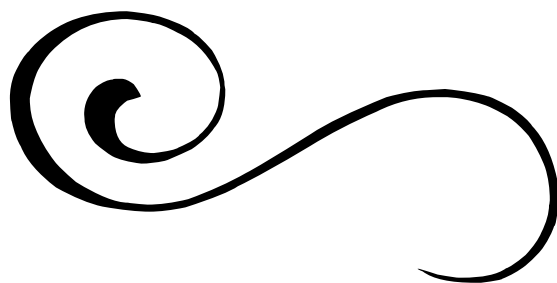






# EL CUADERNO DE MÚSICA



Punto Rojo Libros  
[www.puntorjolibros.com](http://www.puntorjolibros.com)

## **El cuaderno de música**

Jorge Estera Sanza

Editado por:

PUNTO ROJO LIBROS, S.L.

Cuesta del Rosario, 8

Sevilla 41004

España

902.918.997

info@puntorojolibros.com

Impreso en España

ISBN: 978-84-16439-97-3

Maquetación, diseño y producción: Punto Rojo Libros

© 2015 Jorge Estera Sanza

© 2015 Punto Rojo Libros, de esta edición

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamos públicos.

JORGE ESTERA SANZA

# EL CUADERNO DE MÚSICA



# Índice

|                     |     |
|---------------------|-----|
| Capítulo I.....     | 9   |
| Capítulo II .....   | 17  |
| Capítulo III .....  | 25  |
| Capítulo V .....    | 45  |
| Capítulo VI.....    | 53  |
| Capítulo VII.....   | 67  |
| Capítulo VIII.....  | 75  |
| Capítulo IX.....    | 85  |
| Capítulo X.....     | 87  |
| Capítulo XI.....    | 97  |
| Capítulo XII.....   | 105 |
| Capítulo XIII ..... | 115 |
| Capítulo XIV .....  | 121 |
| Epílogo.....        | 129 |



# Capítulo I

Apoyado en la barandilla de su terraza, Sergio Allard se entretenía aquella mañana tratando de adivinar la procedencia de un tenue olor que persistentemente inundaba sus mucosas nasales.

“Deben ser los nenúfares del estanque”—pensó con la satisfacción del que acaba de adivinar un acertijo—, “ya ha llegado la primavera y todo vuelve a renacer”.

Era como si los nenúfares lo transportaran a través de lugares y tiempos reconocibles, siempre sentía placer al hacer cálculos sobre el tiempo y el espacio y posicionar los acontecimientos que le ocurrían en forma geométrica y con cierta facilidad.

Tenía observado que el tiempo a veces, se dilataba y otras se contraía aunque, últimamente se alargaba siguiendo un obstinado compás.

Giró la vista hacia la calle Muntaner en donde seis enormes moreras lindaban un sendero con dos escaleras laterales que conducían al Parque de Monterols y en la cumbre, varios cipreses se cimbreaban con la suave brisa.

Eran cipreses de troncos rectos y rebozados de hojas, que siempre perennes, conferían un aspecto majestuoso y sereno.

Sus bolas esféricas eran del color verde brillante de la primavera y en el verano tornábanse a rojas para terminar marrones en invierno.

“Es el árbol de la vida —pensó Sergio—, “longevo y muy resistente... el árbol de Plutón, el de los infiernos que adorna todos los cementerios”.

“El simbolismo del ciprés, mayestático, con una resina incorruptible y un follaje perenne que evoca inmortalidad... dicen en China que si te frotas los pies con su resina puedes andar sobre el agua...”.

En lo más alto de las escaleras divisó un enorme pino que con su presencia guardaba la entrada del parque.

“Ahí está una buena simbología de los guardianes del parque: entre el ciprés y su socio el pino siendo los dos tan distintos, colaboran en el mismo fin”.

La Plaza Adriano, aquella mañana de primavera, se mostraba activa y con el barullo típico de los días laborables: alternaba el caótico tráfico de la carga y descarga con la parsimoniosa actitud de tres ancianos que anclados en sus bancos permanecían ensimismados y sordos al ajetreo comercial de la plaza: los tres vivían pendientes del sol primaveral y ajenos a los ruidos de coches, motos y furgonetas de reparto.

Una pequeña mancha roja se movía con andares nerviosos por el centro y la reconoció como la propietaria de un bar de la calle Muntaner que cada mañana iba en busca de barras de pan y que su marido añadiría tomate y jamón ibérico aumen-

tando así su valor añadido. Desde hacía años, aquel bocadillo se había convertido en el producto estrella del barrio.

En un extremo de la plaza, un tenderete de flores propiedad de la Sra.Carmen permanecía activo desde hacía más de veinte años habiéndose posicionado estratégicamente entre el estanque, dos ficus municipales y tres grandes contenedores de basura.

Percibió un corto y preciso tañido del campanario del Convento de las Madres Agustinas de la calle Vallmajor, a unos cien metros, que sonaba a veces nítido y otras ahogado según los decibelios de la actividad de la plaza...

...era el Angelus.

El Angelus que anunciaba a María el fruto de su vientre...

“Ruega por nosotros pecadores ahora y en la hora de nuestra muerte” —dijo en voz alta moviendo la cabeza con el suave tañido y dirigiendo su mirada, esta vez al cielo.

Repitió la oración tres veces, de forma natural tal y como le había enseñado su madre viviendo él encantado de aquella oración que repetía solemnemente durante sus años inocentes.

Con el repicar de la campana siguió diciendo como un monaguillo:

“Ave Maria, gratia plena”

Ora pro nobis

Per Christum Dominum nostrum.

Amen”.

El convento tenía un jardín pequeño pero singular...era un lugar de sosiego y descanso en medio del caos auditivo de la plaza.

Lo contradictorio con aquella paz era que durante la Guerra Civil se convirtió en una checa siguiendo los peores métodos soviéticos de tortura.

Aquel convento lo usó la SIM para torturar a sus víctimas y sus jefes acumularon fortunas a costa del dinero y joyas que sustraían.

Un tufillo a pollo a la brasa procedente de un establecimiento de comidas preparadas contribuía con los nenúfares, ruidos ambientales, cotorras y el lejano tañido del campanario a envolver a la Plaza Adriano de una atmósfera muy peculiar en los días de calor.

Luego en otoño, se incorporaba la mínima expresión de negocio en forma de chiringuito que con sus boniatos y castañas asadas, mistificaba un poco más la variedad de los olores de aquella plaza.

Perros que tiraban de correas y propietarios que con una mano enfundada en plástico recogían las calientes defecaciones de sus canes, completaban el elenco de figurantes.

Diez farolas de fundición, pintadas de negro azabache se alineaban simétricamente alrededor de la plaza determinando con los pitósporos y olmos los límites de su perímetro.

En uno de sus bordes un estanque era el foco en donde sobrevivían tozudos nenúfares con peces de colores. Los nenúfares

mantenían su lucha por la supervivencia al tener que soportar sus pétalos, sépalos y sedosas hojas en forma de corazón a plásticos y botellas que algunos transeúntes lanzaban al estanque sin la menor muestra de educación cívica.

Sergio, contemplaba la plaza de forma global y el penetrante olor a nenúfares, le hizo pensar.

“Llevo años oliendo estos nenúfares y me recuerdan la lucha de lo bello contra la baraúnda de lo malo —reflexionaba con candidez—, ¿es posible que todo sea una lucha por la supervivencia?”

“Mi vida ahora es como una película en blanco y negro”.

“El futuro se ha reconvertido en ambiguo e inescrutable... me es imposible predecirlo... ahora, todo me parece confuso e indeterminado”.

\*\*\*\*\*

Sergio estaba en los cuarenta y dos años, de estatura alta y porte elegante, vestía un traje azul marino de lana fría que combinaba con una camisa listada con corbata azul.

De frente ancha, pelo abundante y rizado de color rubio al que se habían añadido pinceladas blancas que había heredado de su madre: canas que ya empezaron a aparecer con treinta años.

Heredero atávico, por parte de madre, de raíces sorianas donde posiblemente por comer demasiado trigo, había dificultado la melanina necesaria. Le habían contado que el pelo canoso era una de las características aquellos pueblos trigueros.